

III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco, 1998.

El Trabajo de Campo Como Experiencia Pedagógica.

Jorge Razeto M. y Juan Carlos Skewes.

Cita:

Jorge Razeto M. y Juan Carlos Skewes. (1998). *El Trabajo de Campo Como Experiencia Pedagógica. III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/iii.congreso.chileno.de.antropologia/61>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evbr/vua>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

plantear que una justificación epistemológica afirmativa de la disciplina es una tarea que aún está pendiente y a la que espero contribuir próximamente.

Bibliografía

Eco, Umberto. (1976) 1995. *Tratado de Semiótica General*. Editorial Lumen. Barcelona.
Geertz, Clifford. 1973. *Thick Description: Toward an Interpretive Theory of Culture*. The Interpretation of Cultures. Basic Books. New York.
Hempel, Carl. 1965 (1988). *La Lógica de la Explicación*. pp. 247-253. *La Explicación Científica*. Editorial Paidós. Barcelona.

Martin, Michael. 1995. *Taylor on Interpretation and the Sciences of Man*. Readings in The Philosophy of Social Science. Edited by Michael Martin & Lee C. McIntyre. MIT Press. Massachusetts. Second Edition. 1994.

Ricoeur, Paul. 1971. *The model of the text: meaningful action considered as a text*. Paul Ricoeur. *Hermeneutics and the Human Sciences: Essays on language, action and interpretation*. Edited, translated and introduced by John B. Thompson. Cambridge University Press. 5th edition. 1985.

Ricoeur, Paul. 1975. *The hermeneutical function of distanciation*. (ver anterior).

Ricoeur, Paul. 1975. *The task of hermeneutics*. (ver anterior).

El Trabajo de Campo como Experiencia Pedagógica

Jorge Razeto M., Juan Carlos Skewes*

Introducción

Hace 14 años comenzamos, con la Panchita (Márquez, que nos desertó a medio andar) a aprender que el trabajo de campo constituye el rito de iniciación del antropólogo y desde esa época lo hemos seguido compartiendo entre nosotros y con otros. Tradicionalmente, el terreno es una experiencia larvaria individual, que se experimenta normalmente en forma tardía. Compartimos aquí, la posibilidad de practicarlo como experiencia colectiva, con jóvenes estudiantes de los primeros años de la carrera de antropología. Estas experiencias nacen en la Universidad de Chile, y fueron organizadas y realizadas en forma conjunta por los autores; y desde hace 9 años, es una práctica por separado en diferentes contextos de formación de antropólogos, como lo son la Universidad Bolivariana y la Universidad Austral.

Muchos son los jóvenes con los que compartimos esta historia, y muchas son las personas y comunidades que nos acogieron y soportaron. El Cariño Botado, El Higueral, San Vicente, Campos de Ahumada, Lo Muñoz, El Manzano, San José de Piguchén, Los Patos, Canela, Chicolco, Maihue, Pishuinco, Caimanes, Pullally, Loica, entre otras

Pudimos optar por contar nuestra experiencia y perspectiva, pero preferimos abrir un diálogo a través de

las generaciones con nuestros estudiantes de diferentes contextos; apelando a sus recuerdos y amistad. Las voces que concurren a este diálogo son las principales fuentes de este trabajo; y creemos dan cuenta de los aspectos fundacionales que tuvo la vivencia en su formación profesional.

Este trabajo es un antiguo anhelo de compartir estas vivencias colectivas y responde a nuestra práctica de colaborar en la formación de antropólogos y a nuestra propia formación. Es una experiencia en la que continuamos acumulando aprendizajes, donde la virtuosa mezcla que genera el trabajo de campo, representa el componente fundamental del ahora nosotros colegas antropólogos. Gracias a todos nuestros alumnos por habernos acompañado y gracias sobre todo a aquellos que respondieron este tenue llamado.

¡ Adelante pase, la tetera está caliente y el mate preparado !

Las Primeras Voces, Los Primeros Pasos, los Primeros Recuerdos

"Agradezco la invitación, y sobre todo, agradezco el hacernos el honor de ser tan importantes para ustedes. La verdad, me emociona y espero estar ahí cuando

* Jorge Razeto: Corporación CIEM-Aconcagua. Prat 171. San Felipe. E-mail: jrazeto@redesol.cl

Juan Carlos Skewes: Universidad Austral de Chile. Casilla 55, Valdivia. E-mail: jskewes@valdivia.uca.uach.cl

presenten el trabajo. Si es posible en pelota. Por lo pronto, te enviaré unas líneas las próximas semanas. Si me demoro, insíteme, no me molesta. Un abrazo fuerte para tí y para Jorge". AB.

La gigantesca llamarada con la que Razeto convoca a todos, pero a Blas sobre todo, se constituye en el fuego ancestral en torno del que nos iniciamos en la etnografía. Era una cuestión de vida, de piel. Cada cual pinta y es pintado por sus compañeros, cada rostro se modela según la circunstancia y la noche de Campos de Ahumada se nos instala de por medio. Ya somos etnógrafos (o creímos serlo en medio de las tiranías de la época). Y la llamarada ha quedado flameando en alguna parte de nuestra memoria. No podemos deshacernos de ella, ni queremos.

Con el tiempo, Campos de Ahumada se vuelve, más que paradigmático, mítico. Es el terreno, el viaje del cual no se sale y que marca una y otra vez lo que viene después. Es el eje articulador desde donde se miran las otras experiencias. El mito que es preciso construir para poder dar cuenta de lo otro, de lo que inspira, de lo que lo recrea y de lo que lo transforma.

¿Qué fue Campos de Ahumada? En su versión burda no más que un grupo de catorce personas, incluidos los maestros que, contra todo buen pronóstico, se encaraman en lo alto de un cerro para, luego de remontar un estero, encontrar un árbol donde colgar el viejo toldo de la micro que hace de carpa. Allí, en lo que se supone que es tierra de nadie, nace Campos de Ahumada para nosotros.

En menos de tres años el mito estaba claramente establecido. "En 1987 el terreno, trabajo de campo, paseo o hueveo era toda una tradición en la escuela de antropología. Se nos contaba las historias de las otras salidas, del que entrevistó al chofer de la micro, y así por delante" LC. Entre 1984 y 1990 el ser antropólogo de la Universidad de Chile supuso el paso por este peculiar modelo de hacer etnografía. "De manera que el 88 cuando estuvimos en el curso con el Sr. Skewes, a pesar de ser un año en que no hacíamos ninguna cosa además de protestar, la mayoría del curso cumplió con la salida a terreno. Hasta los que iban a ser arqueólogos" LC.

Pero el mito es más que su burda versión. Su fortaleza deviene de los ejes en los que se apoya, en las dicotomías que organiza y en los ritos que desata. ¿Cuáles son estos ejes, cómo se engranan en la historia, por qué pueden llegar a tener sentido al cabo de los años? Estas son las preguntas de las que nos ocupamos.

Las respuestas la trazan las muchas memorias que se pueden recomponer a través de nuestra propia

experiencia y de los testimonios de quienes nos entrecruzamos en el terreno. Ellas contribuyen a transformar el mito en paradigma, en alimento para experiencias pedagógicas y a sentar certidumbres acerca de nuestra entrada en los múltiples mundos de este y el siguiente siglo.

Lo central es la iniciación del etnógrafo, el tránsito inevitable del yo al otro. Pero es el tránsito colectivo, la iniciación temprana y los múltiples lealtades y conflictos que ella desata, lo que nos ocupa. No es el conglomerado infinito de relatos heroicos de etnógrafos que se adentraron en la selva del otro y sobrevivieron a ella a la Malinowski, a la Lévi-Strauss. Más bien es la experiencia local, vernacular, de hacer de la etnografía un ejercicio colectivo, pedagógico, una obsesión a la que volvemos año tras año, atinando tanto como desatinando. Ejercicio que rescata la virtualidad del etnógrafo en los tiempos postcoloniales y que sugiere destinos no explorados: el ser colectivo de la etnografía nuestra. Pues al recuperar las trazas de la memoria del colectivo a que apelamos (antropólogos y arqueólogos partícipes de alguno de los tiempos míticos) nos cruzamos con esa memoria grupalmente sustanciada que permanece adherida a nuestra forma de hacer etnografía. Principio de solidaridad básico al que nos cabe apelar en el atractivo pero tortuoso tiempo presente.

El proyecto. La Propuesta

"Tulahuén-la güena tula-: la recuperación de la confianza en el orden simbólico presente en el ideal de "ser antropólogo" RS.

Entre los sueños primeros estaba el de romper con lo que entendíamos con una antropología *cartucha*. Rebeldía irresponsable si se quiere pero fundamental en el fondo.

"Estaba en 2º año de la carrera y mi posición era algo marginal respecto al grupo y la "cultura plaquense" en general. 1989 fue un año de declinación del movimiento social, surgían otros referentes: el fútbol y la "salsa"; los consensos se estaban haciendo entre cuatro paredes y se avizoraba la crisis de las militancias (en esos tiempos, en la carrera, era extraño y hasta sospechoso no ser militante de algo). En la escuela se vivía una crisis de legitimidad que creo que hasta hoy perdura, no confiábamos en el saber académico que se nos proponía, postulábamos una suerte de contracultura sin tener muchos elementos para construirla, salvo el malestar cotidiano. Por otro lado, la escuela era como un pueblo chico donde todos copuchábamos de unos y de otros, lo que el Jano solía rotular como decadente" RS.

"Creo que fueron días muy importantes y para algunos

de nosotros fundamentales porque nos volvimos a engrupir con una carrera que estaba cayendo en la mediocridad (o ya había caído), y el incentivo de quedarse no era mucho. También hay que reconocer que la mediocridad era no sólo de ellos, sino nuestra, y en ese sentido también debo reconocer que no formalicé en documentos lo que aprendí, lo que también puede ser considerado como mediocre, pero en fin. Ahora puedo pedir disculpas y nada más" AB.

"Con la Chica Roxana especulábamos acerca de una escuela, internado, algo que nos arrojara a lo que el proyecto nos llamaba: a hacer de de la etnografía una experiencia de vida. Y si nada de eso hicimos al final todo eso quedó sellado en la forma como algunos encaramos la tarea. Acepto el desafío y mi cabeza ya empieza a girar, pues es un tema recurrente de recuerdos y una huella en mi manera de percibir los nuevos mundos" EL. Muchas veces no exenta de urgimientos constructivos "La premura es un elemento que insta a mirar y registrar con mayor rigor los elementos encontrados (parafraseando la antropología del rescate)" AML.

La rebeldía estuvo siempre, esperando su momento, la conjunción en la que encontrar su curso natural. A ello sirvieron los terrenos. E intentamos varias cosas. La experiencia de la Caro, por ejemplo, fue una proeza grande. Algo así como hacer universidad en medio del Sector F de una población marginal en plena dictadura. San Esteban marcó la transición en masa pero aún acotada en el tiempo, juntando los elementos que se habrían de poner en común en Campos de Ahumada:

- Proyecto antropológico.
- Grupo autosuficiente.
- Lugar intencionalmente distante de la comunidad.
- División del trabajo fundada en intereses personales.
- Espacio de libertad.
- Rito de iniciación.
- Espacio de reflexión.
- Marco ético.
- Comunidad de estudio.
- Proyecto pedagógico.

Estos elementos — que jamás fueron formulados ordenadamente — se articularon en una sola experiencia y, además del halo que los marcó en la memoria colectiva de una escuela de antropología, sentaron las bases para que siguiéramos explorando variaciones de un mismo programa en los terrenos que de ahí en adelante hiciéramos. La mayor parte de ellos sería por separado.

La iniciación, La Marca

El núcleo de nuestra propuesta es la iniciación temprana

y colectiva en el trabajo de campo. La antesala necesaria para saber si se quiere o no ser antropólogo. "En realidad hay tanto que decir, pero te puedo confesar que el terreno contigo del 2º año fue para mí muy significativo. Fue el primero, y como toda primera vez, estaba ansiosa y deseosa, era la larga antesala de ser antropóloga, el hecho de estar allí lejos de la urbe y la escuela era ya una conquista" VC.

El rito, tal vez nunca expresado con la radicalidad de Campos de Ahumada, permite procesar las ideas y experiencias individuales, modelar el yo, mutarlo ontológicamente. "Las primeras clases con "el esquíus" nos agradaron, teníamos además las referencias de otros compañeros que nos hablaron de ese profe con pinta de hippie, 'buena onda'. El ramo tenía un carácter formativo: 'etnología, etnografía', allí tendríamos la oportunidad de hacer una "experiencia de campo" de ver en la práctica el oficio de etnógrafo" RS.

Las iniciaciones observan, como todo ritual, fases. Todo terreno suponía reflexión previa, problematización y programación.

"Hubo actividades preparatorias que ahora pienso que tuvieron sentido, principalmente para bajar la ansiedad respecto al viaje. Recuerdo una de esas reuniones en que se planteó el problema de sostener relaciones sexuales con los "nativos", lo cual en los manuales es cuestionado, una compañera feminista planteó en seguida que el sexo "no era rollo"; Dimas pensaba que como íbamos a una zona rural, ahí la gente seguramente resultaría ser muy "tradicional" respecto a sus prácticas sexuales por lo cual era posible que ese tipo de situaciones no se presentarían y que era mejor "actuar como vieres". Los imaginarios intercambiados nos sirvieron, nos encontramos con una realidad más rica y compleja que nuestros prejuicios, los cuales fue bueno haber explicitado. Además la organización "logística" resultó de maravillas, el presupuesto, los turnos y la comida funcionaron tan bien que al terminar el terreno tuvimos una cena espectacular con el guatón como chef" RS.

No se sabe a ciencia cierta cuando comienza el terreno. Para algunos, por ejemplo, se hunde hacia la enseñanza media, cuando una charla sobre antropología tuerce el complejo mecanismo decisonal sobre la carrera a que se opta. Hacia el segundo año de la carrera, el terreno ya estaba iniciado, a lo menos en las expectativas, los deseos y la imagen de los yoes posibles. Los organizadores, obviamente, tienen que establecer certezas. "El 89 fuimos a Tulahuén. Buscando a Horacio Palacios. Lo mejor fue el pre-terreno. Fuimos con Skewes

y Nechi, un estudiante de psicología de Ovalle. Dimos la vuelta completa de Ovalle hasta salir a Combarbalá. Me tocó trabajar una semana por ahí el 91, creo. El 90 fue en el Fundo Chancay, no me acuerdo de la localidad, sólo que habían muchas frutillas” LC.

La transición se torna más evidente a medida que la certidumbre del terreno físico se va decantando, proceso que coincide con la formación del grupo.

“Todo el curso en el bus de “la Chile” en un viaje de varias horas era un escenario increíble, conversamos de cosas que nunca antes habíamos hablado, las tallas y las canciones hicieron que el trayecto se nos hiciera corto. El viaje fue un contexto de oportunidades para una sociabilidad algo reprimida por la rutina de las aulas, podíamos hablar y tocar de una manera distinta. Hasta las discusiones se hacían más sobrellevables.” RS

“...y el Tac Via Choapa en que íbamos dejaba por fin en paz nuestras tullidas espaldas, apenas pasábamos del pantalón corto y los suspensores, y la etnografía se reducía a un año de escucharla hablamos lunes y martes a razón de 90 minutos cada día” LP.

Los terrenos, empero, comienzan a decantar personas e intereses: no todos en definitiva van al mismo destino, y los que van no siempre lo hacen por el mismo derrotero.

“De esa manera partimos a Canela a ver que era eso de la etnografía. Una vez allá nos dividimos en grupos de a dos para ir a achacar a la gente, a mi me tocó con el Chino Campos por suerte porque si no, no se como habríamos logrado conversar con alguien. Para mi fue sumamente fuerte eso de llegar a una casa, instalarse y comenzar a preguntarles por el significado de los vientos. El Chino hablaba como loco y la gente parecía entretenerse con sus preguntas. Para mi sólo un irremediable dolor de estómago. Comenzaba un camino para decidir que lo mío no era la etnografía” LA.

El quiebre principal pasa por la opción. La primera atañe a la etnografía misma. “Después de tu terreno en Loica supe que quería ser antropóloga a toda costa ... Quería serlo porque gozaba tremendamente estando ahí y, si al menos, eso era ser antropóloga o hacer antropología, lo quería hacer ... repito, aunque fuera sólo una parte ... ¿Lo sería todo?” LM. Los sentimientos de culpa, las tensiones del invasor, los resquemores del intruso asolan en terreno. La iniciación los coloca al frente, nos exige entendimiento y definiciones. Al cabo, la gente conversa, los etnógrafos conversan; llegamos a ser “conversantes” (como sugiere MB).

“El estudiante soy yo, las personas que entrevisto y observo son ellos, pero tienen mucho del yo, mucho de todos. Nadie escapa a la situación de ser humano y

todavía no se inventa el hombre que no se muere” FS. En el camino, sin embargo, nos estremecen (y aterran) las visiones del periodista, del interrogador. Intentamos, vanamente, justificarnos, darnos explicaciones, funcionalizarnos. El problema es que somos invasores. Una tropa de invasión, una especie de comando de asalto de las subjetividades lugareñas.

“Hay que hablar con las personas. Había que hacer una investigación, lo más fácil, un diagnóstico, aprender a mirar, a preguntar. Hay que reconocer que como práctica es bien exotizante eso de ir a terreno, desde Malinowski en adelante. Pero ir con 20 o 30, a mirar, me parece un excelente ejercicio de antropología, pero dice muy poco de lo que se negocia con cada pueblo para que llegue la tropa a preguntarlo todo. Pero creo que son los costos y las condiciones. De vez en cuando alguien vuelve a las localidades. En el verano del 89 estuve en Canela Baja otra vez. Yo y mi polola estuvimos paseando con el párroco. Habían muchos zancudos” LC.

La contradicción entre el nosotros y el inquietante ellos va casi sin contemplaciones entre la identificación profunda, la nativización total, y la más pura distancia malinowskiana en su versión íntima. “Y todo era la ansiedad y plancha de entrar en conversa con los señores campesinos, la vergüenza de ser lolita urbana, chiquilla de la capital, que hablaba raro. Y todo era salir y caminar y pensar al mismo tiempo “que ricas vacaciones” y “que cresta hago aquí” ——— “qué hago aquí si no entiendo nada, nada más que un par de cositas que los frutilleros me explican”. Apenas alcanzo a ver, ¿qué más puedo ver? ¿Analizo algo? ¿antropología? ¿etnografía? ¿Esto era?” LM.

“El trabajo de campo no es sólo ir a una localidad pequeña a tratar de observar un hecho singular, es una aproximación al quehacer antropológico desde sus más variadas perspectivas, vinculando la teoría con la práctica, como dice un cantante romántico “es casi una experiencia religiosa” AC.

“No tengo aquí mi libreta de campo, pequeña como recomendaba la buena etnografía. Ni tampoco mis películas conseguidas con la cámara oculta en la floresta, como decía Marcel Mauss. Así que este informe no va a ser tan detallado como se quisiera. El primer terreno me impresionó. Era posible por fin pensar en ser o no ser etnógrafo. Está bien que era mucha gente la que iba, era algo así como una semana traumática para las personas de algunos pueblos, si bien con grupos menores no se molesta menos. Pero al final siempre se accedía al corazón de las comunidades. Esta bien que era una semana, quizás 10 días, pero era suficiente para

que uno se hiciera una idea de lo que era ser campesino, de los contrastes entre la teoría social y la vida real" LC. "La salida a terreno que hizo mi curso fue a Piguchen en Putaendo (¿recuerdas?): Por el lado de la formación profesional fue una tibia mirada al procedimiento etnográfico, con pauta pre-fijada por ustedes y bastante cautela y timidez de nosotros como alumnos" VC.

"El Cuaderno de anotaciones se nos caía del bolsillo perro aún cuando no intentáramos sacarlo siquiera. Faltaba Más. El ruido de sus hojas dando vuelta en nuestros ojos era inocultable y podía leerse en ellos el torpe rodar del lápiz anotando y anotando todo rastro que pudiera sernos útil" LP.

La tropa de asalto, vista desde el otro lado del yo, parece más circo de pueblo que brigadas especiales. Imaginemos al fardo de ropa, parkas, sacos de dormir y todos los atuendos con que los civilizados asolan la ruralidad. Así visto tal vez las invasiones resulten más jocosas y menos punibles.

"ya no la mamita Ruperta, ya no la muy alegre señora Bernarda, ya no los escurridizos pero dispuestos informantes de tanta libreta de apuntes, ahora nosotros, los malhadados, los irruptores, los siempre curiosos nuevos idiotas del pueblo, la interminable familia extendida de antropólogos y otros semejantes, nosotros los -"sus" otros- nos preguntamos por el terreno, nos preguntamos por su alcance, por su significado" LP.

"Llegamos casi de noche a un pueblo donde no hay alumbrado público en las calles y entramos lentamente en la casa de uno de los 'notables' del pueblo, un folclorista y arqueólogo aficionado que no tardó en tener un sobrenombre interno: 'Batracio'. Ese hombre debió sorprenderse al ver su casa transformada en una verdadera 'disco', con carrete permanente y bar abierto cada noche al volver del terreno, después del encuentro en que intercambiábamos nuestras aventuras de la jornada. Nos acompañó durante toda la semana, pese a que al principio dijo que se iba a Ovalle por unos días. No creo que haya sido sólo por desconfianza, le gustaba quedarse conversando con nosotros, mostrar su colección de artefactos 'guaqueados', dar cátedra sobre la historia del pueblo, en fin!" RS.

Y la virginal imagen de los pueblos y sus habitantes bien puede ser el complicado espejismo de una conciencia que camina asustada de sí misma en territorios que le son ajenos. El juicio crítico nace y se desarrolla en terreno. La iniciación pasa de su etapa deslumbrada a su etapa crítica o realista. Los personajes que desfilan y se cruzan con los viajeros no son neutros ni inocentes. "Algo nos hacía a nosotros desconfiar del caballero: su

arrogancia para estudiar a los otros en tanto clase inferior, la asimetría evidente entre los pobladores que conocíamos y aquel señor coleccionista que me recuerda el verso de Machado "...fin de una aristocracia, la barba canosa y lacia. . ." RS.

Se aprende. Hoy los terrenos son negociados. Se invaden comunidades amigas, hablando con dirigentes y vecinos. Solemos ser bienvenidos pero igual llega el circo, la invasión es inevitable. La solución tal vez fuera el terreno individual. Toda esta armazón se desintegraría, volveríamos al héroe oculto y soterrado, a la invasión invisible y larvaria. Tal vez en el show colectivo, en su visibilidad y bizarría haya un sentido mayor, de control social, de observación de unos y otros, de acomplamiento impreciso pero claro.

Al fin, la conversación es la simiente de todo el resto. "Y más todo aún era el conversar en la noche, ¿qué te pasó a ti? ¿qué cachaste hoy? ¡Es que el viejo no estaba! ¡Putá que estaba fuerte la chicha! ¡Es que el Chino me apabulla!" LM. Y estas son conversaciones que parten desde el yo.

"Los terrenos (empezando por la de la José María Caro y terminando con la del cometa Halley) son 'experiencias únicas' que se escapan a todo intento de generalización. Experiencias en sí mismas que en lo personal me permitieron reconocer y confrontar mis temores en la relación con el/la Otro/a; así como ser 'sensible' a mis maneras de relacionarme con el/la Otro/a (recordemos que mi experiencia de trabajo con la 'gente' se daba en el contexto paternalista y asistencialista de la Iglesia Católica y de mi militancia política)" DG.

La conversación, el único vehículo del etnógrafo, prueba su eficacia entre brujos y hechiceros. "Rescato la conversación grupal, junto al calor del fuego, en la bodega donde dormimos, y también donde pasé mucho frío" VC. Por las noches compartíamos nuestras experiencias con historias sabrosas como dos compañeros que llegaron a la casa de Bernarda Alba, o ¿verdad que acá es el hombre quien lleva los pantalones? O Dalancon cuestionando el valor de las etnografías que estábamos realizando" LA.

"Sin duda que lo más importante fue compartir con mis compañeros fuera de la sala de clases, compartir nuestros logros diarios como así también con nuestros miedos y temores de enfrentarnos con la comunidad, en síntesis, cambiar las hojas del texto por el calor y el polvo de las calles" AR.

"El espacio de conversación grupal después de la jornada de trabajo, fue propicio para que emergiera un discurso nuevo en la boca de todos nosotros. Cecilia nos contaba

toda la red de relaciones que se establecían para faenar un animal, los intereses comprometidos. Cada grupo de terreno iba estableciendo vínculos con la comunidad desde su historia, desde su persona. Algunos con pinta de "Indiana Jones" otros con un estilo playero a lo "Miami"; pero todos tenían algo nuevo que contar, algo que los había sorprendido. Recuerdo mi escepticismo respecto al "cambio" experimentado por el grupo, el tiempo y el devenir de unos y otros me han hecho valorar ese momento que tuvimos de vivir como dijo Juan Carlos: "oportunidades de trabajar en equipo con otros antropólogos hay muy pocas, en un oficio muchas veces solitario" RS.

"... sobre todo porque la experiencia etnográfica es solitaria y uno tiende a pensar que las monografías son un "gesto antropológico" fuera de duda" AML.

No sólo el otro sino, más complejo, más observante y más contradictorio, es el "yo". En realidad más parecieran ser sus ecos los que nos resuenan como si fuesen los otros quienes juzgan. Y no se exime el corazón de los maestros en todo esto. No ha habido terreno en que no me haya sentido, en algún momento, quebrado. Hay un cierto pasaje, un torcerse a través de los hechos, que me reconfigura, que me remodela. El terreno es un viaje con acompañantes perturbadores. "Con ellos, con el Chino y la Manena (lo confirmé, sí, estaba ella; la ví en una foto) me curiosaron los loicanos frutilleros, pero a mí se mezclaba todo!! (LM). Hay contradicciones entre el profesor y sus alumnos, brecha generacional complicada donde no se sabe a ciencia cierta donde termina una memoria de la antropología y donde comienza la otra.

"...a la vez que poner mis propias conclusiones en confrontaciones con las de los demás, crearon un gran rompecabezas que, aunque incompleto, daba pistas para vislumbrar un poquito de lo que era Chincolco" AML.

Y el nosotros, esa multiplicidad dispar y conflictuada de yoes, reverbera en el campo, "viviendo las mismas vainas, enfrentándose a lo que no conocíamos, a lo que casi no imaginábamos, pero debatiéndonos juntos en un intento de ser antropologillos" LM. "Y del accionar de muchas otras personas (futuros antropólogos), que si bien se apoyaban mutuamente, no hubo terreno en que no hubiera al menos una pelea de consideración. Está claro que 20 personas no se toleran una semana" LC. Los terrenos enseñan. "¡Qué placer sentía! ¡Imagínate! Me habían excitado y fascinado unos cultivadores de frutilla!! ¿De adonde?! Por favor... qué menos llamador de mi curiosidad me resultaban los loiquinos, loicanos, o cómo se llamen pues ya lo olvidé, que cultivaban sus

frutillas gota a gota, antes de estar ahí, cachando el mote con mis compañeros de viaje" LM. Compañeros que también se tornan en otros:

"Desde otra perspectiva, los terrenos me permitieron no sólo asumir al Otro (investigado) sino a mis otros/pares" DG.

Si hasta nos dimos el lujo de ser siúticos y lloriquear el último día, en círculo, sentaditos todos con fósforo (o velita?) prendida en mano, haciendo confesiones y empelotamientos (no enojos), para terminar concluyendo que "esto es hacer universidad" LM.

Las contradicciones del nosotros son también los deseos del nosotros y así como el pueblo nos pura invasión el circo no es puro conflicto.

"Las minas del curso estaban en la flor de su juventud y nosotros con las hormonas hasta el cuello, pero no hubo orgías ni remakes de 'woodstock' qué lástima!., sólo algunas parejas furtivas que trataron ineficazmente de "pasar piola", tal como ocurría cotidianamente en la escuela (somos neuróticos: la fantasía sigue siendo nuestro mejor espacio de liberación" RS.

Es un viaje de intrusos, de rumiantes del otro que navegamos en un conflictivo abismo con el nosotros mismos. "En la noche, Satán y mi querido profesor, Eskiwis, cautelando que se me proporcionara más marihuana que al resto ya que no podía tomar porque estaba tomando antibióticos" LA. Debo reconocer que Canela me arde como un sueño mal digerido. "Juan Carlos sobre una roca-abismo, con una garrafa en la mano, defendiéndola de los estudiantes bebedores. Un grupo bañándose en un río en vez de hacer campo. Me preguntaron a mí (yo era monitor, ellos hacían el trabajo), yo les dije que a mí no me importaba. Luego me acusaron de ser poco responsable. El sentir la lejanía. El aprovecharse para sentir cariños pasajeros por otras personas" LC.

Hay encarnaciones de todo tipo en estas expediciones. Los terrenos tienen sus metáforas fundantes: el mítico estilo de Razeto encuentra eco en las frutillas de Loica Bajo o en las desavenencias con don Batracio. Son metáforas que ordenan el mundo integrando imaginarios y ajustándolos a un sentido compartido de historia.

"Uno de los aspectos que me impactaron de ese lugar fue la 'lechería', vacía, sin vacas, sin vida, se hablaba de muchas historias de aparecidos en ese espacio, que alguna vez fue el eje productivo del fundo, que ya no existía como tal. A mí ese lugar y la gran casa patral me dejaron una colección de imágenes, que con el tiempo fui procesando lentamente, en forma más literaria que antropológica" VC.

El Pelao anota: "Indudablemente que las experiencias han sido muy valiosas y además a algunos les dieron algo más que experiencias de investigación, los dejaron con mujer y llenos de hijos, pero claro, eso no es la generalidad. Pienso que ese dato es muy importante para la aburrida platea, que podrá reirse un poco de tí". Y de verdad qué aburridas son las audiencias de hoy día.

El terreno denuncia el futuro, desde el abandono de la antropología hasta la sintonía con el trabajo. "Tengo presente el haber caminado por la ruralidad, entrado a casas y haber conversado con señoras (tal vez un presagio de lo que luego sería mi trabajo)" VC. "En ese sentido, quizás las experiencias fueron más fuertes y, quizás, en mi caso, me permitieron -visto en la distancia- asumir las tensiones del trabajo grupal". DG

Lo que va quedando

"Recibí tu fax y me alegré bastante, han pasado tantos años que me parece heroico que aún nos mantengamos en contacto" VC

Lo heroico es tal vez la pista principal que puede seguirse al hacer el recuento. La llamarada del Razeto sigue iluminado, a veces tenue, otras veces más intensa, recordando un centro, algún punto indeterminado en el tiempo y en el espacio donde convergen las memorias que colectivamente se acuñaron.

"Las anécdotas de unos y de otros son hasta el día de hoy una historia común que nos permite provocar sonrisas cómplices y evocar algo parecido a la identidad en los escasos reencuentros con compañeros de aquella época. Son un código interno con claves secretas: 'el tigre', 'el inodoro', etc." (RS).

La pista, los secretos y sonrisas pudorosas testimonian acerca de una comunidad, de un yo colectivo que por un momento pudo serlo suspendido en lo que llamamos terreno. La pista nos dice, empero, que no quedó allí sino anclado en los mil reflejos de las muchas memorias que cuando tropezamos con ella sonrien. Es la complicidad fundante de un discurso etnográfico, de un hacer etnografía que sobrepasa individualidades y tiempos.

"... es la oportunidad única, de uno ser el otro en la tierra del otro, de ser su otro culturalmente diferenciado, de ser los contrastes de su espejo y no ya el espejo de sus contrastes, o como fuere. Es la posibilidad/imposibilidad de ser el otro no siendo el uno, de estar en las márgenes y sentir sus filos, de oír sus silencios y ser innominado, de conocer y no conocer sus oquedades, de casi no existir, de estar suspendidos, eso y más es su fondo, o al menos uno de sus fondos" LP.

"En lo personal me permitieron reconocer y confrontar mis temores en relación con el/la otro/a, así como ser "sensible" a mis maneras de relacionarme con el/la otro/a" DG.

La complicidad disuelve distancias, pega a unos y a otros, los suma, aunque en pura potencia.

"Es decir, una pequeña experiencia de campo, nativos, técnicas etnográficas, ideas a compartir y si te llega, si te gusta, quizás modelos para seguir perfeccionando durante muchos años. Más que mal, estoy en Oaxaca donde sigo haciendo trabajo de campo, de esos en que se visitan comunidades, se entienden algunas palabras de las lenguas extrañas y se come y se pide el vaso de agua. Todas esas fórmulas repetidas en esos años de pre-campo no han sido útiles y necesarias ahora?" LC. Lo que viene después ha sido cuestión de cada cual. Sin embargo, cada cual ha reconocido el hito fundante y modelador.

"Después del terreno y entregamos apresuradamente nuestros "informes" transcurrieron momentos de definiciones para todos nosotros: los que se iban a Arqueología, los que optaron por la lucha política como Pili que aún sigue presa de la incomprensión y la amnesia cómplice de los poderes fácticos, otros salieron a explorar en otros ámbitos: el Rafa en el cine, Osvaldo en historia, en fin...Creo que todos nos quedó claro qué era ser etnógrafo después de ese terreno, vinieron muchas ganas de hacer cosas, la gente se entusiasmaba más con los trabajos exigidos en los ramos de siempre. Recuerdo que te solicitamos un Seminario, deseábamos seguir aprendiendo, crecer como personas, cosa que cada uno a su modo fue intentando abriéndose caminos en el Chile de la transición. . ." RS.

"Y no se, de todo eso, que es lo que queda? Mira, voy conociendo diferentes lugares y personas. Eso ya te da una base para comparar. Mientras más conoces, efectivamente más comparas y luego lees y vuelves a conocer, escribes y así se dan las cosas. No es mentira que cosas vistas y sentidas en esos años están aquí conmigo todavía. La grabadora, por lo menos es la misma. Y en verdad no he dejado de hacer trabajo de campo. Me gusta, es algo así como tirarse a un precipicio cada vez que entras en otra comunidad. O tal vez puedes intentar conocer otras formas de entender a los otros. Y digo no sólo a los campesinos o a los indios. También a los Brasileños o a los Mexicanos. Y más aún, creo que sirve hasta para conocer los chilenos". LM.

Y en ello, ¿qué se ha invertido?

"No recuerdo si alguna vez lo hablamos en clase o en los grupos de trabajo (la memoria es frágil), pero yo creo

que lo "aprendí de ustedes" (no es piropo ni nada que se le parezca) escuchándolos y observándolos (tuve otras experiencias de terreno con otros/as profesores/as, de los cuales aprendí "lo que nunca debería hacer"...). de ustedes aprendí el respeto y el amor a la antropología" DG.

En efecto, es la pasión, el amor último por lo que se hace lo que finalmente se trasunta en cada uno de estos devaneos.

"Con el tiempo los terrenos pasan como pasan también los hombres (y las mujeres por cierto). Con el tiempo pasan los nombres, pero también quedan. Permanecen, como también lo hacen aquellos otros desde los cuales no terminamos nunca de irnos y de retornar. Los rulos, Chincolco, Quepuca-Ralco, la mamita ruperta, doña Bernarda, Juan hermosilla. Pedazos de historias, la historia en pedazos, hecha jirones por el olvido y la desmemoria, pero alcanzada, apenas retenida, pero avistada. Afortunadamente" LP.

"Y bueno, esos terrenos son algo especial. ¿Cuándo volveremos a tener la misma experiencia de aprender juntitos? Luego los terrenos se hacen solitos, o más en soledad. Y entonces nos atoramos en nuestras impresiones, sensaciones, comentarios, análisis y afectos sobre esos otros que nos provocan a curiosear. A lo más, todo ello lo vomitamos en un diario de campo o algoito así... A veces, ni eso hacemos, simplemente nos quedamos pa' dentro. Entonces te confieso ... que echo de menos un terreno así como te lo he contado. Lo extraño, los "nostalgos" LM.

A modo de conclusión.

"Recuerdo que fuimos a terreno varias veces, quizás en un mismo año o dos años consecutivos, recuerdo que fué en invierno y en verano. Iba confiada en que esa experiencia era tanto inédita como clásica. Es decir, iríamos a hacer aquello que la antropología proponía como su método clásico, la etnografía, como inédita pues ningún curso en la escuela se había aventurado a tomar a un grupo de alumnos y entregarles la posibilidad de hacer antropología en serio. El contexto de apatía y desconfianza de ese tiempo, hacía a la vez más única y valiosa la iniciativa de la dupla Skewes - Razeto.

Hay como 2 niveles en mis recuerdos. Por un lado estaba el trabajo etnográfico, la descripción de la cultura (Campos de Ahumada Society) y por otro todo lo que acontecía entre nosotros, cómo nos fuimos conformando el curso en una comunidad y en el contexto de la carpa, el fuego, el río, nos fuimos tribalizando, convirtiendo en sujetos objetos de experiencia antropológica.

Iniciamos ritos, como necesidad de sentido y de encuentro, como necesidad de traducirnos clase - tribu, de transportarnos de la categoría de estudiante a la de iniciados.

Y además de hacer sentido entre nosotros tribu y los "otros" sujetos de nuestra observación. En este tránsito, creo que no se desde donde me paré, al medio quizás, a veces yo parte de la tribu, del espacio sagrado-profano del campamento y de nuestra propia cancha ceremonial; al espacio de la comunidad que estudiábamos, al que cada uno de nosotros observaba. Partimos con nuestro cuaderno de apuntes a encontrarnos entre los datos, la cantidad de ganado, la última sequía, las relaciones de parentesco y la vuelta a nuestra propia tribu.

Creo que ambos espacios, dimensiones de la realidad del terreno quedaron abiertos, nunca terminamos de entender y describir a esa comunidad y nunca terminamos de entendernos como tribu...

Permanecen los ritos, las iniciaciones y nuestros propios parentescos, consagrados en la alianza del maestro y la alumna; y en las otras mucho más fugaces y transitorias de nosotros endógamos, que como tales quizás estábamos condenados a debilitarnos, nuestra propia endogamia nos cerraba en número, en posibilidades, y de allí quizás que huímos y quedamos ahora con un parentesco ¿lejano?. (LN)

Los escribientes:

Barrientos, Moira.

Bohme, Alvaro. Campos Ahumada. 7 de agosto de 1998

Campos, Luis. INFORME DE CAMPOS. México, Oaxaca de Juárez, 30 de septiembre de 1998.

Cordero, Verónica. Fax. Santiago, 26 de agosto de 1998.

Cornejo, Alejandra. En Santiago regresando de Chincolco de 1996 en 1998.

Guerra, Debbie. Terreno. Valdivia, 3 de noviembre de 1998.

Mayer, Lisette. Kiwi Querido. Temuco, 10 de noviembre de 1998.

Núñez, Lorena. La experiencia de los terrenos de antropología en el aprendizaje de la antropología. Recordando Campos de Ahumada.

Lemus, Ana María. Chincolco 96, los petroglifos, el desarrollo, Valeria, Marcelo, Hilari, Coco, Alejandra, Leo, Janito, Ana María, el Maestro y la Antropología.

Piña, Leonardo. Tierras de terreno. El sentido de los otros en nosotros (o viceversa)

Reyes, Alejandro. Trabajo de Campo Chincolco 96.

Sanhueza, Fernando. Un estudiante de Antropología que se detiene por 10 minutos a replantearse porqué estudia antropología Social.

Sepúlveda, Rodrigo. La experiencia del trabajo de campo en el recuerdo de un estudiante.